

Texas de Carmen Boullosa

Siempre hemos estado en guerra con México

Aaron Bady

Al hablar de seguridad hablamos de teatro, por ello las fronteras constituyen un buen telón de fondo para aquellos gobernadores que desean desempeñar el papel de comandante en jefe. Basta recordar a Sarah Palin, quien alardeaba de estar cara a cara con Vladimir Putin; o a Scott Walker, quien proponía erigir un muro entre Estados Unidos y Canadá. O recordemos al ex gobernador de Texas Rick Perry, quien fanfarroneaba: “como el presidente Barack Obama falló en asegurar la frontera, entonces yo tuve que entrar en escena”; de esta manera comparaba abiertamente “la operación del año pasado por incremento de cruces” en la frontera con México con el flujo de tropas en Irak que George Bush comenzó a enviar en 2007. ¿Qué mejor preparación para ser comandante en jefe, después de todo, que mandar a una “oleada” de tropas a combatir una “crecida” de niños refugiados?

La campaña de Perry nunca cobró ímpetu, quizá porque pronto Donald Trump daría un toque de histrionismo al papel de nacionalista supremo que pocos titulares reales de la presidencia podrían igualar. Un gobernador fronterizo debe ejercer su poder al tratar con realidades locales, y contribuir así con este servicio. En contraste, Donald Trump puede proponer deportar a once millones de personas en su primer día en el poder puesto que su única realidad es la televisión, el mundo de las noticias por cable y la radio AM. Por tanto, tiene la capacidad de poner en movimiento muchos más cuentos convincentes que sus competidores. Como “ellos nos están matando”, él hará fuerte a Estados Unidos de nuevo al ganar la guerra con México. Los mandaremos a todos de vuelta, construiremos más muros y “haremos que México pague por ello”. (Exactamente como Trump prometió solemnemente apropiarse

del petróleo de Irak para que nos paguen por habernos obligado a invadirlos). Los perdedores pagan las composturas y los ganadores reciben el pago.

Existe una coherencia narrativa en las historias de Trump que no corresponde con la mera realidad. Sus historias coinciden con el cómo nos sentimos, nosotros, que sentimos estar peleando una guerra de razas con México (un “nosotros” decididamente blanco y angloamericano que es obvio se siente inseguro al respecto). En una ocasión, mi abuela me contó que, al visitar Tejas y oír a la gente hablar en español, creía que estaban hablando de ella, y eso no le gustó. Para los “nosotros” inseguros, militarizar la frontera tiene sentido: más muros, más casetas de inspección, más hombres con pistolas, y más jaulas para seres humanos. Para los “nosotros” inseguros, el teatro de la seguridad puede convertirse en un *reality show* que reconforta al observarlo.

Para el resto de nosotros puede ser no menos reconfortante imaginar que la seguridad es un mero teatro, o que Trump sólo está desempeñando el papel que su público desea que interprete. Cuando Trump escuchó a un miembro del público que dijo: “en este país tenemos un problema que se llama musulmanes” (este ciudadano exigió a continuación, con una fría imprecisión, “deshacernos de ellos”), muchos de nosotros supusimos que el silencio de Trump significaba simplemente asumir una postura nacionalista. Con toda certeza, había fanáticos entre el público —los locos, los desequilibrados, etcétera—, pero en política prevalecerá el sano juicio. Podríamos expresar palabras como “fascismo” —pero sin duda eso no sucede aquí.

Estas también son ficciones reconfortantes. Como sugiere la novela de Boullosa



Carmen Boullosa

sa recientemente traducida al inglés, *Texas: The Great Theft*, el fascismo *ya* ha sucedido aquí y, siendo francos, la realidad es un espacio donde se dan con mucha más facilidad el vicio y la estupidez que en la realidad sana que nosotros, los que nos creemos “no locos”, imaginamos habitar. La Historia tiende a decirnos que nuestros líderes han sido inteligentes y serios, y que en el peor de los casos han cometido “errores”. La Historia es una progresión lenta, gradual y pronosticable de cosas que ya hemos visto antes. De esta manera, la Historia nos tranquiliza acerca de que un “presidente Trump” sería inevitablemente la culminación ingeniosa de un chiste muy trillado.

Sin embargo, la farsa, llena de vicios y violencia, de Boullosa sugiere algo diferente. En efecto, no existe otro lugar mejor que Texas para recordarnos que la Historia es partidaria de la faramalla, de las ficciones que tendemos a contar en lugar de las historias sobre cuán estúpida, surrealista e inútilmente violenta ha sido la vida

real. La muy bien documentada novela de Boullosa tiene una cosa en común con las bárbaras fantasías nacionalistas de Donald Trump: la premisa de que la frontera siempre se ha mantenido en un estado de guerra. Ambas partes nos enseñan a estar alerta de los especuladores yanquis de bienes raíces a quienes les tiene sin cuidado, al buscar ganancias, proveer de armas a quienes experimentan miedo o pánico racial.

La novela de Boullosa, publicada primero en español en 2012, comienza en el año de 1859, al mediodía, con el sol muy alto, con un enfrentamiento, pistolas en mano, entre don Nepomuceno y el *sheriff* Shears. Nepomuceno es un terrateniente aristócrata mexicano a quien Shears, un gringo típico, acaba de insultar. El insulto surge de la nada, se trata de una situación inesperada y fortuita de conflicto. No obstante, cuando el *sheriff* dice: “Cállate, mexicano mugroso”, los presentes entienden al instante lo que acaba de pasar y conocen el consecuente resultado.

Claro que sigue un largo momento de indecisión antes de que Nepomuceno responda, indecisión que se prolonga cincuenta páginas. Durante ese momento se presentan más de cien personajes. La noticia corre presurosa: antes de que el *sheriff* cierre la boca, un mandadero lo escucha y lleva con rapidez la noticia a un carnicero; este se la cuenta a su vecino el polletero, quien a su vez la relata al verdulero, quien a su vez la transmite a otra persona, y esta a otra, y a otra y a otra. En unas cuantas páginas, la noticia del trascendental insulto se disemina por todas partes por medio de chismosos, viajeros aburridos, palomas mensajeras, borrachos cuentacuentos, mensajeros gubernamentales, espectadores ociosos, servicios postales informales, redes conspiradoras, y hasta por el telégrafo. Como resultado, mucho antes de que cualquiera sepa cómo Nepomuceno pudo reaccionar —y mucho antes de que nosotros, lectores, imaginemos qué habrá hecho—, la noticia ya ha recorrido toda la región, ha sido dicha, redicha, mal dicha, comentada y ha generado una diversidad de especulaciones, esperanzas y temores extremos.

Algunos están encantados porque se haya humillado públicamente a un patriota, un ladrón de ganado; porque un *sheriff* estadounidense haya puesto en su lugar a ese aristócrata mexicano. Otros están horrorizados porque un carpintero gringo con una estrella de hojalata se haya *atrevido* a hablarle así a don Nepomuceno, hijo de doña Estefanía. Algunos están aterrados por la violencia que esto pueda significar: que los anglos invadan de nuevo; otros más se muestran jubilosos por el derramamiento de sangre que de seguro se producirá. Y otros más se muestran totalmente desinteresados, o preocupados sólo hasta el punto en que tienen negocios, o afectos, o rencores con Nepomuceno. Algunos ven una oportunidad; otros confirman sus prejuicios; pero los más sólo ven una buena historia que cuentan y vuelven a contar de maneras sorprendentes y excéntricas.

La única constante es que la historia cambia al ser contada. Debido a que el insulto cambia de significado según el lugar adonde llegue, la novela ofrece la carto-



grafía chismosa de una región fronteriza definida por una fisura: dos pueblos, uno frente al otro, pero divididos por un río que tiene dos nombres. Si se ve desde el sur y se habla español, es el Río Bravo. Si se ve desde el norte y se habla inglés, es el Río Grande. Por tanto, la frontera de Boullosa no es una historia; tampoco son sólo dos. Divididas por docenas o cientos de escalas sociales, las historias resultan innumerables. Casi en cada nueva página aparecen uno o dos personajes, a veces hasta seis, y cada uno de ellos es ocasión para una excursión que conduce a su historia personal. En ocasiones, la novela suelta cápsulas biográficas, o largas digresiones tangenciales; ocasionalmente estos trasfondos se entrecruzan con personajes que aparecieron con anterioridad. De estos personajes, algunos aparecen en “pantalla grande” conforme avanza la novela, pero otros aparecen sólo para volver a desaparecer. Es imposible seguir la “historia” ya sea porque no existe ninguna o bien porque son muchas historias amontonadas exigiendo, al mismo tiempo, la atención del lector.

Llega un momento en la lectura en que uno deja de intentar darle coherencia a todo. Hay demasiados personajes y sus historias no tienen sentido ni coherencia. De hecho, conforme todo mundo conoce la historia tan sólo un poco de forma incorrecta —y en un sentido así está bien para ellos—, la novela se convierte en un mosaico de equivocaciones, una gran comedia de no reconocimientos, ya que toda la región fronteriza se malentiende a sí misma. Y desde cierta distancia, esto resultaría muy cómico. ¿Qué es la frontera, después de todo, sino un espacio de malentendidos, gran manantial de la comedia? *Texas* de Boullosa es como un enorme juego del teléfono descompuesto. Para todos, los demás están chiflados.

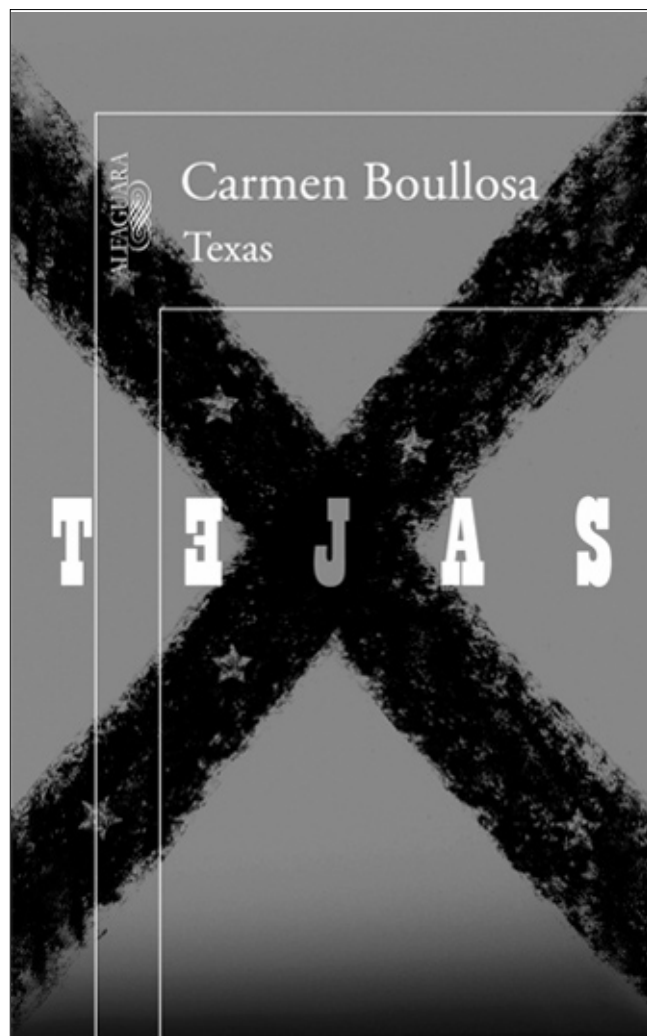
Sin embargo, hay algo que une a todos: saber que después de las palabras viene la violencia. Una vez emitidas, las palabras del *sheriff* Shears tendrán un efecto; un comienzo azaroso con un final predecible. Habrá sangre. Y así, conforme el insulto retumba por toda la región —y mientras la narración refleja el permanente aumento de los círculos de gente que el insulto va alcanzando— el *sheriff* y su contrin-

cante quedan atrás, congelados en el lugar, enfrentados en un silencio eléctrico. Reaccionarán, claro está; habrá un enfrentamiento a tiros. Pero en un sentido muy real, ellos se han vuelto irrelevantes, como su función de actores que desempeñan un papel en un libreto escrito para ellos. Mucho antes de que puedan reaccionar, ya otros están contando sus historias. La seguridad es teatro, pero con el tiempo se vuelve realidad.

Boullosa no es la primera novelista mexicana en dar sentido al presente por medio de una revisión del pasado, de lo que en México se conoce como “la primera intervención estadounidense en México”. En México, la guerra mexicana-americana fue sólo la primera de muchas “intervenciones” que le siguieron; la primera de muchas repeticiones. Comoquiera que haya empezado, sigue sucediendo. Y así, después de la invasión a Irak por Estados Unidos, una serie de novelas —*México mutilado* (2004) de Francisco Martín Moreno, *México por asalto* (2008) de Gui-

llermo Zambrano y *La invasión* (2007) de Ignacio Solares— utilizan la invasión del siglo XIX, que culminó en la ocupación de la Ciudad de México y la anexión de los territorios de lo que hoy es California, Arizona, Nuevo México y Texas, para explicar el presente estadounidense. Por ejemplo, cuando Solares presentó su novela *Yankee Invasion* en la Universidad de Nueva York, estableció claramente la analogía: Estados Unidos está obsesionado con invadir. Solares dijo: “Lo que está sucediendo en Irak tiene una estrecha relación con mi novela, con Estados Unidos, un país imperialista y expansionista”.

El México invadido, mutilado y agredido que encontramos en este tipo de novelas posee un claro parecido con la fantasía de victimización que Trump está vendiendo. Aunque también hay una diferencia importante: cuando aceptamos la idea de que hemos sido humillados, debilitados y castrados, y de que un líder poderoso es necesario para que Estados Unidos vuelva a ser grande, de que los fuertes utilicen la



violencia en contra de los débiles, lo que estamos describiendo es un fascismo textual. Estados Unidos ha intervenido en México muchas veces. Las teorías de conspiración que Trump disemina, al decir que México “está mandando lo peor” —para infiltrarse, debilitarnos, y destruirnos—, es el mismo tipo de fantasía que utilizaron los fascistas para justificar el curso de acción que la lógica de Trump lo obligará a tomar: la concentración de masas y la eliminación de cuerpos étnicos indeseables.

Si la frontera es una fantasía militar para aspirantes a la comandancia en jefe de Estados Unidos, entonces Zambrano, Moreno y Solares describen la pesadilla de la que México está tratando de despertar: el persistente trauma de haber sido convertidos en un telón de fondo cinematográfico para el teatro de los yanquis, de haber sido un país violado y humillado. Por ejemplo, la escena con la que abre la novela de Solares *La invasión* —en la que un soldado norteamericano invasor es muerto por un francotirador, encendiendo una revuelta entre la multitud mexicana— representa tanto el trauma de la humillante violación original como la fantasía de la realización del deseo de su opuesto en el cuerpo del soldado estadounidense atravesado por cuchillos. Esta conmoción vivida e intensa de sonidos y sucesos ocupa al narrador por el resto de la novela, quien lucha para desempacar, narrar y curarse. En esa pequeña escena, en tan sólo unas cuantas páginas, el escritor intenta reducir y condensar la esencia de una guerra muy complicada y sus desastrosas consecuencias, la semilla del trauma que de manera latente todavía arde y quema.

Es el sentido de “mexicanidad” que Octavio Paz describe en “Los hijos de la Malinche”, por ejemplo; la experiencia histórica de la eterna invasión y violación que —según él— han dejado su huella y trauma en la psique del mexicano común: “Para el mexicano la vida es una posibilidad de chingar o de ser chingado. Es decir, de humillar, castigar y ofender. O a la inversa. Esta concepción de la vida social como combate engendra fatalmente la división de la sociedad en fuertes y débiles”.

Para Paz, el mexicano es varón, claro está. Y debido a que la madre de la nación

es La Malinche, la amante de Cortés y una antivirgen María, Paz indica que *la chingada* es el pivote de este sentido muy masculino de identidad mexicana. Ser “hijos de la Malinche” es ser, como mexicanos, *hijos de la chingada*, definidos por la vergüenza de ser producto de una violación. Paz argumenta que la violación engendra violación: “el atributo esencial del ‘macho’, la fuerza, se manifiesta casi siempre como capacidad de herir, rajar, aniquilar, humillar”. Una nación cuyo fundamento es la violación toma al conquistador como su modelo masculino de fuerza.

La palabra inglesa “machismo” viene del español, pero el concepto es tan internacional como la violenta masculinidad de la seguridad fronteriza. A pesar de lo rico y apasionante que puede resultar la lectura de su poesía y sus ensayos sobre historia mexicana, Paz simplemente describe la violencia banal de cualquier masculinidad herida, nada específicamente mexicano. Después de todo, CNN bautizó a Donald Trump como su “Macho 2016”, y el meollo fascista de su atractivo es la idea de que, habiendo sido humillados por extranjeros, podemos recuperar el honor por medio de la fuerza y la violencia.

Si las narrativas de victimización pueden hacer parecer natural y necesario un contraataque, la guerra se convierte en una solución a la inseguridad cuando la diferencia entre los cuerpos nacionales y los cuerpos reales de sus ciudadanos se hace nebulosa, cuando las fronteras representan la diferencia entre ellos y nosotros, entre mi cuerpo y el que no es mi cuerpo. Si la mera presencia de extranjeros es una violación —si nos empujan y nos penetran derramando sus asquerosos contagios sobre nuestra tierra prístina—, la violencia justifica más violencia: la existencia de ellos en nosotros, su ocupación, es en sí una violencia. En realidad no importa si Trump califica explícitamente a los mexicanos como “violadores”: la lógica de la metáfora subyacente trabaja por sí sola.

Lo mismo sucede a veces en el tipo de historias como las narradas por Zambrano, Moreno y Solares: la narrativa de la invasión y la ocupación yanqui. Debido a que Tejas era mexicana, la invasión yanqui fue una violación a su soberanía. No obs-

tante, Boullosa nos recuerda que mucho antes de que los yanquis invadieran México, México ya había invadido lo que es ahora Texas, expulsando a sus pobladores nativos y ocupando sus tierras. De hecho, la verdadera razón por la que el gobierno mexicano invitó a tantos angloamericanos a establecerse en la región —cuando Tejas era todavía parte de su geografía— fue que el Estado mexicano no poseía los recursos militares para matar y desposeer a los pueblos nativos. Buscaron ayuda en el norte y la obtuvieron. Violadores ellos mismos, fueron violados a su vez.

Texas de Boullosa ofrece una historia de ficción muy distinta de las narradas por nacionalistas de cualquier laya. Los machos de su novela son estúpidos y temerosos. Shears pone a Nepomuceno “en su lugar” porque su propio espacio es uno muy inseguro, y lo mismo podemos decir de don Nepomuceno. Y mientras una gran cantidad de gente es mutilada y asaltada a lo largo de la novela, no existe un “nosotros” específico que sea violado por un “ellos”, porque la diferencia es, en esencia, ficticia. Es precisamente porque la región fronteriza es esencialmente nada (o todo a la vez) que mucha gente está deseosa de pelear hasta la muerte por la absurda ficción de una línea.

La seguridad es teatro porque las fronteras son ficciones y porque el imperio está desnudo. No obstante, si el teatro político es ridículo, la comedia fronteriza de Boullosa indaga sobre el porqué se está volviendo difícil reírse de Donald Trump. Si su propuesta de deportar de Estados Unidos a once millones de personas es una fantasía, resulta fácil desestimarla. “¡Aseguren las fronteras!” es un grito ilusorio. Pero lo mismo pasó en Tejas: cuando hombres inseguros —en ambos lados de la frontera— comenzaron a matar para volver el grito realidad. Y mientras Trump hable sobre el asunto, más deberíamos acordarnos de El Álamo. Porque las ficciones encuentran la manera de convertirse en realidad.

Traducción de Helena Díaz Page **U**

Carmen Boullosa, *Texas. La Gran Ladroneía en el Lejano Norte*, Alfaguara/Círculo Editorial Azteca, México, 2013, 360 pp.